

# Las grandes corrientes de la historiografía latinoamericana

**Sergio Guerra**

*Profesor. Universidad de La Habana.*

La delimitación de las grandes corrientes de la historiografía latinoamericana nos obliga a iniciar este texto por sus más remotos orígenes, esto es, por la mención de las concepciones históricas de los primitivos habitantes del continente americano, en particular los de Mesoamérica y el área andina, que a través de códices, del relato oral y otras formas rudimentarias de expresión, ofrecieron una visión autóctona de su pasado y presente —continuada en los siglos XVI y XVII por historiadores indígenas y mestizos como Tezozómoc, Ixtlilxóchitl, Pachacuti, Guamán Poma o el Inca Garcilazo—, muy diferente a la imagen de la historia americana que darían los invasores europeos.

La conquista ibérica puso la producción histórica sobre el llamado Nuevo mundo en manos de exploradores, misioneros, viajeros y cronistas de Indias, obsesionados por el triunfo de la corona española y la evangelización de los nuevos súbditos. De ahí que el argumento básico de los relatos históricos de tema americano —redactados por estos primeros autores del viejo continente, limitados por su estrecho horizonte cultural para ahondar en las esencias americanas—

fueran los viajes de exploración, la conquista y la implantación del cristianismo. Como bien ha señalado Enrique Florescano,

la conversión y salvación de una humanidad idólatra y la acción civilizadora que España obrara en el mundo bárbaro, justificaban así la conquista bélica, los excesos de destrucción, el aniquilamiento de miles de indígenas y la reducción de los sobrevivientes a la condición de esclavos y siervos.<sup>1</sup>

Pero algunos de los cronistas de Indias y, sobre todo, determinados misioneros y religiosos, se distanciaron de aquellos autores que defendían abiertamente los puntos de vista de encomenderos y conquistadores, para oponerse resueltamente a la despiadada explotación de los aborígenes, aun cuando defendieran la tesis providencial y justificaran la conquista como un castigo divino a las idolatrías indígenas. A este elemento distintivo —que desde temprano apareció en la obra de ciertos cronistas—, se sumó el que los habituales métodos de los historiadores humanistas —basados en las antiguas formas retóricas, como el plan de los Anales clásicos— no podían satisfacer toda la curiosidad despertada por el Nuevo mundo, lo que

contribuyó a echar los primeros cimientos de una identidad propia de la historiografía de este subcontinente. Por eso, Luis Alberto Sánchez, al presentar las cartas del conquistador de Chile, pudo escribir:

Los cronistas de Indias sufrieron tal transformación en su contacto con nuestro continente, que no quedaron de su hispanidad, en pie, más que el idioma y la ambición. Además, el tema, la pasión, la valía y el ímpetu de las páginas que siguen —que son historia viva—, nos pertenecen; y hay en medio de su áspero estilo, campos de luz, destellos, pasajes rezumantes de humanidad, de emoción, de belleza, de color vital, imprescindibles para catar la personalidad y la emoción americanas.<sup>2</sup>

Tal como señala el historiador peruano, a pesar de que estos autores eran, en su inmensa mayoría, españoles, el apasionado testimonio sobre los sucesos que tenían lugar como resultado de la invasión europea en esta parte hasta entonces desconocida del planeta, constituyó, en la práctica y con todas sus limitaciones, el comienzo de una nueva historia, por lo que aquí lo consideramos como necesario antecedente en la conformación de los rasgos distintivos que definirían la historiografía latinoamericana.

## Los mapas cambian

Sin dudas, la llegada de los europeos al continente americano rompió con todos los viejos esquemas de historiar. Había que cambiar los mapas, describir una flora y fauna diferentes, y pueblos muy distintos, con lenguas, costumbres y formas de organización social desconocidas, que el cronista deseaba mostrar a los lectores europeos, ávidos por conocer cómo eran las tierras americanas y sus culturas; lo que despejó el camino a estudios precursores en el campo de la etnografía y la historia de la civilización. Eso explica que muchos de los primeros cronistas de Indias (Pedro Mártir de Anglería, Fernández de Oviedo, López de Gómara, Joseph de Acosta, Cieza de León, Antonio de Herrera) escribieran verdaderas enciclopedias americanas, dedicadas a describir la novedad geográfica, a nombrar y clasificar lugares, plantas y animales, así como a relatar todo lo que consideraban de interés. En ellas, de paso arremetían —unos más que otros— contra los conocimientos y prejuicios tradicionales existentes en Europa.

En este sentido, correspondió un lugar muy importante a los cronistas religiosos, consagrados a extirpar idolatrías y facilitar una eficaz colonización; pero que, atrapados por el desconocido escenario de las Indias, relegaron a un segundo plano la usual historia de las órdenes, y abrieron su mentalidad al nuevo entorno. De ahí que muchas de estas obras de frailes y sacerdotes puedan ser consideradas, sin caer en

exageraciones, historia propiamente americana, con apariencia española. En ellas no solo hay datos históricos, sino también de índole literaria, etnográfica, geográfica, natural, etc., así como interesantes informaciones sobre las costumbres en los primeros tiempos de la sociedad colonial y las poblaciones indígenas que se proponían evangelizar. También iniciaron la recolección de tradiciones orales prehispánicas y el rescate y la traducción de pictografías aborígenes; elaboraron vocabularios y gramáticas de varias lenguas americanas que, junto a lo anterior, abrieron el camino al conocimiento científico del mundo indígena, sentando las bases para las ulteriores investigaciones, tal como hiciera, de manera paradigmática, Bernardo de Sahagún en su extraordinaria *Historia general de las cosas de Nueva España*.

Mientras que el conquistador y los primeros cronistas de Indias solo se valían de impresiones personales, o de relatos de segunda mano para la elaboración de sus trabajos, algunos misioneros —entre los cuales sobresalieron Motolinia, Torquemada, de Landa, Diego Durán, de Calancha y Bernabé Cobo, además de los historiadores jesuitas de las Misiones de Paraguay (desde Ruiz de Montoya a José Guevara)— emprendieron, en cambio, una amplia indagación que tuvo en el indio —o el esclavo negro, como fue el caso singular del jesuita Alonso de Sandoval, en Cartagena— su principal objeto de estudio. En tal sentido, Mariano Picón Salas ha apuntado:

Frente a la crónica de los grandes capitanes o de los testigos aristocráticos de la conquista, que miran lo indio con dominante pupila española, penetran estos frailes historiadores (casi todos en franca querrela con los encomenderos) en lo que se puede llamar la intimidad indígena.<sup>3</sup>

La formación humanista de muchos misioneros los llevó también a tratar de proteger al indígena frente los abusos de conquistadores y encomenderos, por lo que apoyaron una política paternalista que, de alguna manera, se reflejó en su producción historiográfica. Aunque abundaron los historiadores religiosos que llegaron a justificar las tropelías de los invasores europeos, algunos —como el franciscano Jerónimo de Mendieta, por ejemplo—, denunciaron la terrible situación de los aborígenes, y otros —como Antonio de Remesal y, sobre todo, Bartolomé de las Casas, ambos dominicos— condenaron con energía los excesos de la colonización, incluso en la famosa controversia doctrinal de mediados del siglo XVI, sostenida por este último con Ginés de Sepúlveda, quien legitimaba la explotación aborígen siguiendo una vieja tesis aristotélica. El cronista dominico no solo ofreció una visión idílica del mundo indígena, sino también, sin proponérselo, inauguró la leyenda negra de la conquista

española de América, en su conocido opúsculo *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (1552).

Frente a la vitalidad, la pluralidad y la inventiva del discurso de la historiografía marcada por el impacto de América, este no tardó en ser remplazado, en el siglo xvii y principios del xviii, por crónicas estériles, castradas por la excesiva retórica y el abuso de la repetición temática, lo que afectó la producción de buena parte de los denominados «cronistas mayores de Indias». Una de las razones que puede explicar la decadencia del género se relaciona con la desaparición física de la primera generación de cronistas —contemporánea de las grandes exploraciones geográficas y las legendarias conquistas de México, Perú y otros territorios—, que había sabido aprovechar la curiosidad del viejo continente por los asuntos americanos. Al disminuir el interés europeo por los temas etnográficos y las descripciones de los desconocidos flora, fauna y paisajes americanos, se estrechó el prisma que habían ampliado los primeros cronistas de Indias. Los historiadores que siguieron dejaron de anotar las costumbres de los pueblos indígenas y las características de su medio, para ocuparse exclusivamente de recrear, con exceso de formalismo y una rebuscada ornamentación, las hazañas de los españoles, como hizo —por cierto con bastante éxito de público— Antonio de Solís en su *Historia de la conquista de Nueva España* (1684).

Desde la segunda mitad del siglo xvi, surgieron paralelamente las primeras manifestaciones de una historiografía criolla, la cual expresaba los nacientes sentimientos de autoctonía de los hijos de españoles, que hacían gala de una sentida admiración por el entorno americano. Estos cronistas —Suárez de Peralta (Nueva España), Rodríguez Freyle (Nueva Granada) y Ruy Díaz de Guzmán (Río de la Plata)—, demostraban un fuerte apego a la tierra natal y tenían crecientes contradicciones con los recién llegados inmigrantes españoles, dada su condición de descendientes de conquistadores y encomenderos, desplazados del poder y sus privilegios por los funcionarios de la corona, tal como se expresa en la *Sumaria relación de las cosas de la Nueva España* (1604), del cronista novohispano Baltazar Dorantes de Carranza. Para reafirmar su valía, combinaron en sus obras el arraigado amor que ya sentían por el sitio donde habían nacido, con la idealización de las hazañas de sus ancestros en la conquista de América, y ofrecieron, además, una imagen muy negativa de las poblaciones indígenas, a las que casi todos ellos despreciaban —quizás con la única excepción del cronista neogranadino Rodríguez Freile, en su conocida obra *El carnero de Bogotá* (1638). Como explicó Severo Martínez Peláez al analizar la *Recordación florida*, del criollo guatemalteco Antonio de Fuentes y Guzmán,

la idealización de la conquista no fue exigencia de los propios conquistadores, sino al contrario, los documentos de los conquistadores ofrecen los más valiosos elementos para refutar aquella idealización. En la realidad no hay epopeya; esta es siempre una elaboración de las generaciones que miran hacia atrás e idealizan las acciones de los hombres de guerra. La idealización responde siempre a determinadas necesidades históricas que son, en definitiva, el factor decisivo para que surja una epopeya. La idealización de la conquista de América fue obra de los cronistas e historiadores criollos, en tanto que fueron voceros de su clase social.<sup>4</sup>

Muy diferente fue la tendencia de la historiografía criolla en el siglo xviii. Para el conjunto de América Latina, las concepciones ilustradas de esta centuria facilitaron la alborada de una conciencia histórica protonacional —entendida como hispanoamericana—, interesada en estudiar, con sentido de progreso, el pasado y la realidad americanos, valiéndose para ello de un conjunto de nuevas técnicas para manejar, criticar y depurar la información histórica. Así aparecieron, por casi todas las diferentes colonias iberoamericanas, obras escritas por criollos que, con orgullo de su condición, mostraban una diferente visión de la historia del subcontinente. Algunos de ellos —siguiendo los pasos del precursor novohispano Carlos de Sigüenza y Góngora— intentaron encontrar en el pasado indígena y en el exuberante entorno americano, los elementos distintivos que los separaban de los españoles y afirmaban la naciente identidad hispanoamericana. Los planteos sobre la inferioridad del Nuevo mundo, puestos en boga por determinados pensadores e historiadores iluministas europeos (Buffon, Raynal de Pauw y Robertson), indignaron a intelectuales criollos como Juan José de Equiara y Eguren o Francisco Xavier Clavijero. Para responderles, algunos jesuitas hispanoamericanos, entre los que descollaron el propio Clavijero, Andrés Cavo y Francisco Javier Alegre en Nueva España, el quiteño Juan de Velasco y el chileno Juan Ignacio Molina —expulsados desde 1767 de sus natales tierras americanas—, escribieron en el exilio crónicas apasionadas, donde combatían los mitos sobre la supuesta inferioridad americana, y la ignorancia europea sobre este continente. En su réplica, estos criollos describieron la naturaleza y contaron la historia de sus lejanas patrias —asumiendo conscientemente el término—, por las que sentían una gran añoranza. Imperceptiblemente, se fueron convirtiendo en los precursores de una historiografía bien diferente a la metropolitana, y que, al negar el pasado inmediato y esgrimir de manera idealizada los valores de la relegada antigüedad indígena, descubría los gérmenes de su propia identidad, prefigurando, de algún modo, el imaginario de los luchadores por la independencia y legitimando la futura ruptura del orden colonial.

## Primeras expresiones propias

La creciente toma de conciencia sobre la existencia de un pasado histórico propio situó estos textos criollos más cerca de una embrionaria cultura «nacional» hispanoamericana que de la española. En última instancia, el incipiente desarrollo de una historiografía latinoamericana —que parece también esbozarse, aunque menos nítidamente, en autores caribeños como Antonio Sánchez Valverde o José Martín Félix de Arrate— estaba en plena concordancia con el fortalecimiento económico de la aristocracia criolla, y de su convicción de ser dueña de un mundo que aún no gobernaba políticamente. Al hacer referencia a esta revalorización del pasado y a la búsqueda criolla de sus raíces distintivas en la antigüedad precolombina, Beatriz González Stephan apunta, con mucha razón:

El interés en el conocimiento de documentos, códices, y pinturas indígenas, no solo revela una mera nostalgia por una antigüedad exótica y por fundamentar en ella el carácter de una idiosincrasia americana, sino demostrar que el naciente proyecto social se ve respaldado de una realidad con espesor histórico.<sup>5</sup>

Con ello se abrió una segunda época de interés por el antiguo mundo aborígen, que aceptaba sin muchas reservas, y al mismo tiempo revaloraba, las culturas precolombinas, hasta convertirlas en algo digno de recordar al ofrecer una imagen bien distinta de las visiones condenatorias dirigidas a extirpar las llamadas idolatrías indígenas, creadas por los primeros cronistas y misioneros españoles.

Si bien en los tres siglos coloniales se escribieron valiosos libros que recreaban de manera original la realidad del subcontinente, e incluso aparecieron, bajo el influjo de la Ilustración, los primeros textos que reflejaban el despunte de sentimientos protonacionales, en realidad el nacimiento de una expresión historiográfica propia debió esperar a la culminación del proceso emancipador, en 1826, y la consiguiente formación de los nuevos Estados. La historiografía hispanoamericana de la emancipación, que en cierta forma se venía gestando desde los mismos años de la guerra contra España, en obras —todavía impregnadas del pensamiento ilustrado del XVIII— de actores y protagonistas de la independencia, como las del deán cordobés Gregorio Funes, el sacerdote mexicano Servando Teresa de Mier, el guatemalteco Manuel Montúfar o el venezolano Manuel Palacio Fajardo, se prolongaría como línea predominante hasta las postrimerías del siglo XIX.

Podemos considerar que la primera generación de historiadores propiamente latinoamericanos<sup>6</sup> surgió con las repúblicas independientes —o el imperio en el caso brasileño— y se configuró como una novedosa

corriente historiográfica impactada por el romanticismo europeo y, muy en particular, por la teoría del color local, adaptada para glorificar a los héroes de la liberación anticolonial.

A diferencia de los historiadores románticos franceses de la restauración, inclinados a la remodelación de épocas remotas, conforme a la visión de su tiempo, la historiografía latinoamericana correspondiente se caracterizó por considerar el pasado precolombino y el colonial como capítulos cerrados, mientras sus autores —que se sentían herederos directos de la lucha emancipadora, en la cual algunos habían participado— se atribuían el derecho a construir la historia con absoluta libertad. Así, se encargaron de elaborar los primeros relatos de las repúblicas recién constituidas desde una perspectiva que recreaba, ante todo, la gesta independentista y exaltaba valores patrios, para contribuir a configurar una conciencia propiamente nacional. En otras palabras, el penoso proceso de formación de las nuevas naciones era también un esfuerzo sin precedentes de invención cultural, de reelaboración del imaginario. Para Mariano Picón Salas,

la historiografía hispanoamericana surgida después de las guerras de independencia, y prolongada en gran parte hasta nuestros días, no pudo superar una serie de prejuicios próximos. En primer lugar, aquellos hombres experimentaban la ilusión de que la historia nacía con ellos y que al denominar «República de Venezuela», «República de Perú» o «República de Chile» a la colonia que se acababa de liberar de España, se engendraba un hecho tan nuevo que todo lo anterior solo podría abordarse saltando una grieta profunda, una casi insalvable solución de continuidad.<sup>7</sup>

Para muchos de estos historiadores —que pueden considerarse los fundadores de sus respectivas historiografías nacionales—, la historia era, ante todo, la narración de hechos y no la búsqueda de su explicación, con el objetivo primordial de establecer las bases de la existencia de su propio país como pueblo independiente —que de alguna manera preexistían en la colonia— aunque identificándolas con los valores y concepciones de la oligarquía local, a los que se confería estatura nacional. El carácter idealista de esta historiografía se advierte al presuponer sus autores que la economía de un período histórico surgía de los decretos del Ejecutivo, o dependía de la voluntad de algunos congresistas. La temática central de casi todas estas obras descansa en la guerra emancipadora, concebida como gran epopeya. Además, se narraban con lujo de detalles las luchas políticas, los hechos militares y las actuaciones personales, adjudicando la causalidad de los acontecimientos a motivaciones subjetivas de las personalidades históricas.

El tono laudatorio de la narración de la guerra de independencia, dirigido a exaltar figuras como Simón

Bolívar, alcanzó una de sus clásicas representaciones con el libro *Venezuela heroica* (1881) del historiador Eduardo Blanco, que podemos considerar símbolo literario del culto a la patria, con el cual llega a su cénit la corriente romántico-nacionalista en la historiografía venezolana. Para estos historiadores, la visión de la joven nacionalidad se consigue enaltecendo el origen mítico de la patria y concibiendo al héroe como realizador de la historia y paradigma moral de las nuevas generaciones.

Otra característica de la historiografía romántico-nacionalista es que se desvertebró en dos líneas fundamentales: la liberal y la conservadora. Como advierte Picón Salas,

la Historia se coloreó con las pasiones políticas de la calle. Liberales románticos cerraban con un muro de completa negación y desprecio la época colonial, mientras que, por contraste, conservadores igualmente ofuscados y aun de tanto talento como don Lucas Alamán en México, creían que todo el mal comenzó con la República y añoraban el orden aristocrático de los antiguos virreyes.<sup>8</sup>

De esta forma, la historiografía romántico-conservadora se aferró a la tradición colonial, aunque convencida de la necesidad de ciertos cambios, que deberían llevarse a cabo paulatinamente mediante reformas moderadas que no permitieran perder los valores de la herencia hispana. En cambio, la romántico-liberal propugnaba transformaciones más radicales y la imitación del modelo constitucional norteamericano, aunque ambas coincidían en su menosprecio por el mundo precolombino.

La revalorización del pasado excluyendo a las culturas aborígenes —que significó un paso atrás en relación con los historiadores criollos del XVIII—, fue otro rasgo distintivo de la historiografía romántico-nacionalista que proyectaba, como el historiador mexicano Lucas Alamán, una imagen de nación modelada en el espejo de la aristocracia blanca, de raíz española y católica. Para él, España era el paradigma, y en el proceso independentista de México, Iturbide era el héroe, y no Hidalgo, a quien consideraba un peligroso demagogo que, de triunfar, habría acabado con la civilización y la prosperidad del país, tal como escribió en su *Historia de México* (1849-1852). Para Alamán, la historia de México no había comenzado en la época indígena ni en 1810, sino con la llegada de los españoles.

Solo algunos autores, como Carlos María de Bustamante, en México o, más tarde, sus coterráneos los eruditos conservadores José Fernando Ramírez, Manuel Orozco y Berra o Alfredo Chavero, se interesaron por las civilizaciones indígenas para fundar con ellas la historia nacional, aunque considerándolas como una época concluida. Para muchos de los historiadores latinoamericanos de la inmediata posindependencia, los verdaderos orígenes de las

nuevas repúblicas se encontraban en las civilizaciones europeas que habían conquistado América, y particularmente en la española, e hicieron extensivos a toda la nación recién constituida los valores éticos, morales e ideológicos de la aristocracia criolla, desconociendo las aportaciones a la formación nacional de los sectores populares y, en especial, de todos aquellos elementos que tenían que ver con las culturas indígenas o afroamericanas sojuzgadas. Por ello, Beatriz González Stephan ha comentado:

De este modo los historiadores consagraron los gustos y mira de la élite y entregaron en su obra una representación totalizadora de la historia nacional, exacerbando el patriotismo de las masas populares con la mixtificación de individualidades ejemplares sobre quienes descansaba la responsabilidad histórica. El sector popular quedaba excluido, silenciadas sus manifestaciones culturales, borradas las etnias indígenas y afro-americanas.<sup>9</sup>

A esta etapa también corresponde el inicio de una historiografía erudita apegada al hecho,<sup>10</sup> que atribuía la importancia de la historia a su papel moralizador o patriótico, íntimamente asociado a una actitud nostálgica hacia el pasado, en particular por los actos heroicos de la independencia. De ella fueron arquetipos las enjundiosas obras de Diego Barros Arana (Chile) y Bartolomé Mitre (Argentina), que constituyen un puente con la historiografía positivista, pues fueron más allá de la corriente romántico-nacionalista que mitificaba al héroe, al buscar en la historia leyes, causas y relaciones entre los fenómenos, anticipando así un nuevo tipo de producción histórica.

En resumen, la historiografía romántico-nacionalista se caracterizó por glorificar a las naciones que se acababan de fundar —entendidas no solo como un concepto jurídico político, sino también identificadas con los valores ideológicos y las concepciones de la aristocracia criolla— mediante el culto a las hazañas y epopeyas de la independencia, con lo que convirtieron la historia en una especie de segunda religión que socavaba directamente el orden de la vida impuesto por el racionalismo del siglo XVIII. Marcada por los valores del romanticismo en el orden estético y, en muchos casos, confundida con la literatura, esta corriente historiográfica, que predominó durante buena parte del siglo XIX, se distinguió por su íntima vinculación con los proyectos de los nuevos Estados y fue decisiva en el proceso de conformación de una conciencia histórica propiamente nacional en los países latinoamericanos.

## La nueva generación

A fines del siglo XIX y principios del XX surgió en América Latina una nueva generación de historiadores

**No es posible hablar de una crisis de la historia de la misma magnitud, proporciones y significados de la europea y norteamericana, donde la insatisfacción con los grandes paradigmas historiográficos del siglo xx ha llevado a la atomización de la historia y a una visión caótica del pasado.**

—especialmente impactados por la filosofía de Comte y el evolucionismo spenceriano— que se dio a la tarea de intentar convertir la historia en una ciencia, como reacción a la forma subjetivista de historiar prevaleciente hasta entonces. En una coyuntura marcada por el contraste entre el atraso latinoamericano y el vertiginoso desarrollo económico de Norteamérica y Europa occidental, la llamada historiografía positivista consideró a estas regiones industrializadas como patrones de civilización, y muchas de sus obras se dirigieron a avalar regímenes dictatoriales, como los de Porfirio Díaz en México o Juan Vicente Gómez en Venezuela, a los que creían necesarios para impulsar el progreso de sus respectivos países. Exponentes de ello fueron personalidades intelectuales de renombre como el mexicano Justo Sierra o los venezolanos Laureano Vallenilla Lanz, Pedro Manuel Arcaya y José Gil Fortoul.

Al mismo tiempo, una rama de la historiografía positivista se enrumbo hacia posiciones antinorteamericanas y/o de reivindicación del legado hispano;<sup>11</sup> mientras otra se dejaba arrastrar por las concepciones del pensador argentino Domingo Faustino Sarmiento, y muy en particular por la filosofía del Conde de Gobineau y de Le Bon, para considerar que las taras de razas inferiores, o las producidas por el mestizaje, eran las responsables de la degeneración de este «continente enfermo».<sup>12</sup>

Como reacción a la posibilidad de establecer leyes para intentar comprender la infinita variedad de formas históricas, y en contra también de la asepsia y el empirismo metodológico que proponían estos historiadores, se desarrolló la posición idealista del historicismo, aunque coincidían con los positivistas en el culto al detalle y la monografía. Frente a las propuestas de encontrar en el pasado modelos para entender el presente, la nueva concepción subrayó la imposibilidad de hacer comparaciones significativas entre épocas históricas. Bajo la inspiración de la filosofía de Benedetto Croce, Wilhelm Dilthey o José Ortega y Gasset, estos autores se dirigieron a la destrucción de la historia como ciencia, aceptando como válidas tantas historias como puntos de vista existieran.

En realidad, la influencia de esta corriente antipositivista en la historiografía de América Latina prácticamente se limitó a México, donde se desarrolló,

bajo el impulso de los «transterrados» españoles (José Gaos, Juan Coma, Pedro Bosch y otros) una generación de historiadores que tuvo entre sus mejores exponentes a Samuel Ramos, Miguel León Portilla, Wigberto Jiménez Moreno, Silvio Zavala, Leopoldo Zea, Daniel Cosío Villegas y Edmundo O’Gorman, algunos de los cuales pronto se alejarían de las doctrinas de sus maestros. Uno de esos talentosos emigrados españoles, Ramón Iglesia, al hacer la crítica al cientificismo positivista que entonces prevalecía, escribió:

No debemos perder de vista que la historia objetiva, imparcial, científica, de que muchos de nuestros colegas tan ufanos se sienten en la actualidad, es manifestación reciente, aunque no tan original como ellos piensan. Siempre ha existido el erudito libresco, el anticuario desarraigado de la vida, que ha escrito historia desinteresada y niveladora, con frialdad de quirófano. Pero la verdadera historia, la que tiene jugo y palpitación de vida, se ha escrito siempre a impulsos de una presión del momento, es historia polémica, parcial, apasionada, tendenciosa. La verdadera historia que interesa al historiógrafo, a quien busca en ella la mayor cercanía a los hechos mismos, tal como se vivieron, es historia de tesis, por minúscula que esta sea, es historia escrita para demostrar algo.<sup>13</sup>

Pero la historiografía positivista en América Latina no tardó en dejar sus intentos por encontrar, más allá de la voluntad de los grandes hombres, un sentido a la historia mediante el lenguaje organicista y evolucionista tomado de Comte y Spencer, para quedar convertida en una sencilla historia empírica. Así, de la historiografía positivista solo quedó el método, pues terminó por abandonar la concepción del estudio de la historia como necesario para definir las leyes reguladoras de la evolución social, al ser reducido a un simple empirismo tradicionalista —que continuó la labor erudita, iniciada a principios de siglo, de encontrar y publicar documentos. Desde entonces, la historiografía «positivista» latinoamericana se limitó a buscar la explicación del proceso histórico en las legislaciones o en la actuación de los estadistas y jefes militares, considerados los verdaderos artífices de la historia, con el propósito de seguir educando a las nuevas generaciones, como ya lo habían hecho los romántico-nacionalistas, con una visión maniquea del pasado.

A este tipo de historiador, enfrascado en establecer, sobre la base de documentos, los hechos irrepetibles,

para coordinarlos y exponerlos de una manera coherente, se le siguió denominando, por extensión, «positivista». En esta concepción, el trabajo del erudito consistía en la clasificación crítica de los documentos y su síntesis, el ordenamiento lógico, que permitía una supuesta descripción objetiva del pasado, por lo general de acontecimientos políticos, diplomáticos, militares o religiosos, y solo por excepción, económicos o sociales. De esta manera, el carácter científico de la historia residía en el análisis objetivo de las fuentes primarias, en la reconstrucción de las intenciones de los actores y del curso de los acontecimientos, junto al relato de hechos extraordinarios preferiblemente militares y políticos.<sup>14</sup> Muchos de sus cultivadores se convirtieron en fundadores o miembros de número de las Academias de Historia creadas en sus respectivos países para institucionalizar esta forma de historiar. Todavía en 1940, el secretario de la Academia Colombiana de Historia, Roberto Cortázar, consideraba que el propósito de esa institución era «afianzar, por medio de la verdad, el sentimiento colectivo por los grandes hechos, por los grandes hombres que formaron la patria».<sup>15</sup>

El resultado de este método, que pretendía solo mostrar lo que había ocurrido, según la documentación, llevó todavía más lejos el tipo de historiografía que, en cierta forma, se venía haciendo en América Latina desde la independencia: la historia de los hombres excepcionales, de los hechos políticos de gran espectacularidad o repercusión, de las instituciones, las luchas por el poder, la sucesión de gobiernos. Para confeccionar este heroico relato, los historiadores ofrecían una simple acumulación de información heterogénea, sin jerarquización, acompañada de poca o ninguna interpretación. Por este camino, la llamada historiografía positivista llegó a construir visiones idealizadas de la historia de los países latinoamericanos, bien diferentes de la rica, inesperada y matizada vida real, como bien destaca Picón Salas al referirse a

cierto desventurado *Manual de historia patria* que se enseña en muchas escuelas y colegios en que el proceso político nacional, el tránsito de uno a otro presidente, se narra como si todo hubiera transcurrido en la más perfecta y serena legalidad; como si el país no conociera jamás dictaduras y actos de violencia. Dicha historia, inspirada más en los documentos de la *Gaceta Oficial* que en los hechos mismos, casi se confunde con la de un apacible país como Suiza y en los días de más sosegada democracia.<sup>16</sup>

Pese a sus significativos aportes en el campo del conocimiento de los hechos, junto a la importancia enorme de las recopilaciones y rescate de documentos, la compilación bibliográfica, etc., la erudición positivista fue, a largo plazo, un obstáculo al desarrollo de la ciencia histórica en América Latina, pues la limitó a la simple acumulación de datos específicos, a veces

inconexos, que ofrecían una visión fragmentada y desordenada del proceso histórico. Por otra parte, su desproporcionado apego a la documentación y los archivos, combinado con el desmedido culto a los héroes, llevó a esta corriente a un atolladero que el historiador venezolano Germán Carrera Damas calificó acertadamente con el sugestivo título de uno de sus libros: *Entre el bronce y la polilla*. En los países latinoamericanos, apuntó Carrera Damas, «el historiador parece haber surgido más de la necesidad de conservar glorias que de establecer y explicar hechos»,<sup>17</sup> pues convencido de que este es un deber patriótico, ofrece una visión parcial, apologética, épica y arbitraria, cuyo símbolo es el bronce de las estatuas, y llega a endiosar a los hombres para crear una especie de segunda religión. Son, como él mismo los definiera, los metalúrgicos de la historia. Los otros eran, para Carrera Damas, las «polillas»; o sea, historiadores que restringían su papel a la simple recopilación y ordenamiento de fuentes relacionadas con ese gran héroe. Advertía que entre ambos grupos no había una muralla china. «Así, mientras los metalúrgicos de la historia se dedican a perfeccionar sus instrumentos de pulido, los devotos de la polilla aplican su esfuerzo, de tenacidad indiscutible, a seguir la huella del grande hombre hasta en sus más rudimentarios actos».<sup>18</sup>

## Nuevas búsquedas

Aunque la influencia del «positivismo» sobre la historiografía latinoamericana, de una u otra manera, se ha prolongado hasta el presente, como una insípida historia empirista, sus evidentes limitaciones para entender el proceso histórico la llevaron a nuevas búsquedas desde la segunda década del siglo xx. A ello contribuyó el interés por incorporar al análisis histórico los fenómenos económicos y sociales, pero no como se había hecho hasta ese momento, mediante generalidades puestas como decorado o como una mezcla de datos espolvoreados en la narración. Ya en 1927, el argentino Ricardo Levene dio a conocer una obra pionera en el campo de la historia económica, que lo ubicó entre los renovadores de la historiografía positivista: *Investigaciones sobre la historia económica del Virreinato de la Plata*. Simultáneamente, en otros países latinoamericanos apareció una nueva generación de historiadores, negados a seguir haciendo la historia como una simple recolección de datos y decididos a entenderla como un proceso de carácter objetivo, regido por ciertas leyes generales y no por la casualidad.<sup>19</sup> Advirtieron la importancia de los hechos económicos o sociales en el desarrollo histórico, superando el estrecho prisma de muchos de sus contemporáneos, dedicados exclusivamente a la historia

institucional y política. Como ha señalado Gloria García al presentar una de las clásicas obras del historiador cubano Ramiro Guerra,

Ramiro Guerra no quiere limitarse a ser el mero organizador pasivo del material informativo que acopia, ni reducir la tarea del historiador a la simple descripción cronológica de los hechos. Cree, ante todo, que la historia tiene como objetivo primordial explicar científicamente el proceso de formación y desarrollo de una comunidad nacional, esclareciendo la naturaleza de los factores que en este proceso intervienen y lo condicionan.<sup>20</sup>

Con ellos se apuntaba ya la moderna historiografía latinoamericana con sus enfoques socioeconómicos dirigidos a superar la vieja historia político-jurídica apegada al hecho, aunque todavía opacado por una gran masa de información. Así, por mencionar otro ejemplo, el uruguayo Pablo Blanco Acevedo en su libro *El gobierno colonial en el Uruguay y los orígenes de la nacionalidad* (1929) se manifestaba convencido de que el factor económico —junto con otros elementos determinantes— contribuía a explicar el origen de las diferencias entre muchos pueblos americanos y, en consecuencia, el nacimiento de las nacionalidades.

En esta línea renovadora, que enfatiza la perspectiva socioeconómica —aunque poniendo mayor énfasis en temas relacionados con la historia de una genuina cultura latinoamericana—, se pueden inscribir también los trabajos del argentino José Luis Romero, del paraguayo J. Natalicio González, del venezolano Mariano Picón Salas y del uruguayo Alberto Zum Felde, por solo citar los más representativos. No obstante la significación de toda esta historiografía, el tema económico y social continuó siendo, en general, colateral, sin la suficiente jerarquización o, en muchos casos, utilizando los métodos y enfoques de la historia tradicional.

Junto con la renovación sufrida por la historiografía positivista, debida al interés en los estudios socioeconómicos, aparecieron novedosas investigaciones etnológicas.<sup>21</sup> En realidad, el desarrollo de los estudios antropológicos en América Latina había comenzado desde la década de los 80 del siglo XIX, y su posterior desarrollo se relacionó con los avances del capitalismo y las necesidades de conocer las heterogéneas poblaciones de este subcontinente, en particular indígenas y afroamericanas. Este interés tenía que ver, en última instancia, con el despertar de una nueva conciencia latinoamericana, bien diferente a la fomentada por la oligarquía criolla —que había predominado hasta entonces—, persistente en su intención de conservar los viejos privilegios y valores, dejando fuera de su concepto de nación a las masas populares y a las etnias no blancas. En palabras de Adam Anderle,

en la conciencia nacional criolla y oligárquica hicieron su aparición a fines del siglo XIX las primeras resquebrajaduras, y a comienzos del siglo XX los primeros quebrantamientos e intentos de perfeccionamiento; o sea, que se ha iniciado entonces la formación de un concepto de la nación que dé también cabida a las clases trabajadoras y capas medias, en su mayoría, de color: indios, negros, mestizos, mulatos, personas procedentes de la India y chinos. Tras la modificación de este signo del concepto de la nación se ocultaba una profunda transformación económico-social-política que se iniciaba en ese entonces.<sup>22</sup>

Quizás uno de los textos que mejor puede ilustrar los intentos de entender la compleja dinámica de las sociedades latinoamericanas, a partir de los aportes de la antropología y el análisis socioeconómico, sea *Economía y cultura en la historia de Colombia* (1942), de Luis Eduardo Nieto Arteta. Pero la obra de este historiador colombiano, influido ya por el marxismo, entronca, de alguna manera, con la línea del revisionismo histórico.

## La historiografía revisionista-nacionalista

En las primeras décadas del siglo XX comenzó en América Latina el desarrollo de la historiografía revisionista-nacionalista. Desde sus inicios se caracterizó por estimular una nueva variante de historia patriótica, que exaltara el nacionalismo y los personajes claves del pasado no endiosados por la historia oficial. Para conseguirlo, los historiadores revisionistas que abrieron esta corriente se limitaron a reinterpretar hechos y personalidades santificados por la historiografía academicista, rompiendo tabúes, aunque sin variar los viejos métodos analíticos. En la práctica, la propuesta de estos autores no superaba la visión tradicional (romántico-positivista) de la historia latinoamericana, pues en su mayoría dependían de la misma información factual, aun cuando sacaran de ella conclusiones diferentes. A veces, al privilegiar la interpretación por encima de la investigación de archivo, esa supuesta nueva visión se basaba en una simple revisión del papel de determinados personajes históricos, con argumentos morales o extraídos del linaje genealógico.

Por su intención iconoclasta, muchos revisionistas pueden compararse a los famosos escritores norteamericanos que han recibido el nombre de *muckrakers* [jugadores en el lodo], pues, como ellos, se especializaron en sacar a la luz pública el fango en la actuación histórica de figuras glorificadas por la historiografía precedente, de carácter liberal. Al romper con los clichés establecidos, y revelar al gran público hechos escamoteados por la historia oficial, muchos de sus textos se convirtieron en materiales polémicos, muy atractivos para los lectores, y en verdaderos *best sellers*.<sup>23</sup>

Los orígenes de este tipo de historiografía se encuentran en la Argentina de fines del siglo XIX y principios del XX, con los trabajos —para reivindicar la dictadura de Rosas— de los positivistas Ernesto Quesada, Adolfo Saldías, José María Rosa, Diego Luis Molinari y Edberto Oscar Acevedo. Después, la historiografía revisionista-nacionalista en América Latina se vertebró también en dos grandes corrientes, a veces solo aparentemente alejadas: de un lado, la conservadora, hispanista y oligárquica y, del otro, la de signo populista, vinculada a movimientos progresistas e identificada con el pensamiento antimperialista y/o socialista.

La revisionista oligárquica se circunscribió a sustituir unos héroes por otros, como hicieron los historiadores conservadores argentinos Carlos Ibarguren, Ernesto Palacio, Julio Irazusta y Juan Álvarez, que llevaron a convertir a Rosas en prototipo de gobernante, y a fundar, en 1938, un Instituto de investigaciones históricas con su nombre, que terminaría por bajar de su pedestal a los principales personajes rioplatenses —entre ellos Rivadavia, Sarmiento y Mitre—, y ofrecer una completa reconstrucción del proceso histórico de este país.

Donde mayor resonancia alcanzó el revisionismo argentino fue en Uruguay, no solo por la vecindad geográfica, sino también debido a una serie de similitudes y problemas comunes, que arrancaban de la época colonial y llegaban hasta la Guerra Grande de mediados del siglo XIX. Por este motivo, muchos historiadores argentinos, como Manuel Gálvez, incursionaron en temas uruguayos y ofrecieron versiones diferentes a la oficial. La reivindicación de figuras del Uruguay, condenadas por la historiografía liberal argentina desde la época del déan Funes (como Artigas), se hizo atractiva para algunos historiadores orientales, vinculados al Partido Blanco, con la finalidad de resaltar el orden tradicional y el papel de las viejas familias patricias, frente a la visión del Partido Colorado y la burguesía de Montevideo.<sup>24</sup>

En el resto de América Latina este fenómeno estuvo menos generalizado y, en todo caso, tuvo expresiones nacionales ocasionales sobre determinados temas, en los que los historiadores revisionistas divergían de la historia oficial.

En otros casos, se limitó a reivindicar la herencia colonial española y el orden conservador.<sup>25</sup> El historiador argentino Ricardo Levene llega al extremo de considerar que «las Indias no eran colonias», en un libro —del mismo título— publicado en 1952, argumentando que la legislación española negaba expresamente el carácter dependiente de los territorios hispanoamericanos.

En una cuerda muy diferente se situó la historiografía revisionista vinculada a movimientos progresistas y populares e identificada con el pensamiento antimperialista y/o socialista. En estos

casos se trata de autores influidos, en algún sentido, por el marxismo y la historia económica y social francesa (*Annales*).<sup>26</sup>

Muestra representativa de esta producción iconoclasta la constituyeron las obras de Indalecio Liévano Aguirre, fundamentalmente *Bolívar* (1956) y *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia* (1962), en las cuales se desarrolla un revisionismo de corte populista. Aparte del indiscutible mérito de estos textos —como muchos otros de esta corriente—, las obras del historiador colombiano tienen el defecto de una apresurada factura y cierto descuido metodológico, evidenciado en la ausencia de aparato crítico y bibliografía. Además, Liévano Aguirre manifestó cierta inclinación por las soluciones espectaculares que, en ocasiones, lo llevó a realizar determinadas alteraciones históricas para acomodar el relato a su interpretación. Pero sus obras gozaron de gran popularidad debido a que desenmascaró la trama de la oligarquía nacional en Colombia.

En la posición revisionista populista, antimperialista y/o socialista, también pueden ubicarse los trabajos psicologistas de los colombianos Mauro Torres, Abelardo Forero, Antonio Martínez Zuleica y Mario Perico Ramírez, dirigidos a desmitificar a los héroes para presentarlos como hombres de carne y hueso, con sus defectos y virtudes. Algunas de sus obras aportan novedosos enfoques de la historia. Es el caso, por ejemplo, del libro de Arturo Abella *Don Dinero en la independencia* (1966), cuya línea argumental está basada en descubrir el peso de los intereses económicos en la actuación de figuras y próceres de la independencia. Abella iguala en sus aspiraciones —con un estilo expositivo parecido al de un narrador deportivo— a criollos y realistas.

Otra variante dentro de esta corriente es la ligada al nacionalismo latinoamericano, que tuvo por eje temático el enfrentamiento a las intervenciones militares de los Estados Unidos y la penetración económica de sus monopolios. Aquí pueden citarse las obras antimperialistas del argentino Gregorio Selser, el dominicano Juan Bosch y los bolivianos Augusto Céspedes y Sergio Almaraz. En general, la historiografía revisionista de izquierda parte de una serie de presupuestos comunes, entre ellos la defensa del desarrollo económico y político independiente de los países latinoamericanos, la necesidad de profundas transformaciones democráticas y la denuncia de la política imperialista de las grandes potencias, en especial de los Estados Unidos. También se ha pronunciado activamente contra la apología del pasado colonial y la situación dependiente de América Latina y el Caribe, y ha prestado gran atención a los aspectos socioeconómicos del proceso histórico y al papel de los movimientos sociales. Pero, en muchas de estas

obras, la historia nacional se reduce a la lucha de las masas populares contra el dominio de las oligarquías aliadas al capital extranjero. Como bien ha explicado Ricaurte Soler,

De acuerdo con esta imagen, el hilo conductor del nacionalismo hispanoamericano se encontraría en la praxis política de las masas directamente enfrentadas a las oligarquías endógenas, ideológicamente norteamericanizadas o europeizadas. Por ello —ahora centrada la atención en los países del Plata— la gran falsificación de la historiografía demoliberal alcanzaría su punto extremo al «denunciar la barbarie» de las masas rurales y sus caudillos. La realidad histórica demostraría, muy por el contrario, que es en la urbe (Buenos Aires) colonizada, proinglesa y librecambista donde la práctica política y las formulaciones ideológicas alcanzarían la expresión máxima de la antinacionalidad. Con las variantes surgidas de la emergencia del imperialismo, el fenómeno se habría de reproducir durante el siglo xx. Solo que ahora las masas son fundamentalmente urbanas. Sus expresiones políticas nacionalistas, irigoyenismo y peronismo, serán objeto, sin embargo, de análogas mixtificaciones, surgidas tanto de la democracia liberal como de la «izquierda cipaya». El discurso concluye afirmando la convergencia del socialismo y nacionalismo, y denunciando, correctamente, los desenfoques del internacionalismo abstracto.<sup>27</sup>

Sin dudas, el desaparecido historiador panameño tenía en mente, cuando escribió estos pasajes, los textos del argentino Jorge Abelardo Ramos, empeñado en la construcción de un «marxismo nacional», divulgador de la tesis de que la independencia había producido la balcanización de la «nación latinoamericana» que preexistía desde la época colonial.<sup>28</sup>

La búsqueda de un «marxismo nacional» en el pensamiento latinoamericano tiene, sin dudas, sus antecedentes en la tesis de «la raza cósmica», del filósofo e historiador mexicano José Vasconcelos, quien —al exagerar el desarrollo autóctono de América Latina— preparó el camino a la concepción del espacio-tiempo histórico (1935) del dirigente político peruano y fundador de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), Víctor Raúl Haya de la Torre. Inspirado en la teoría de la relatividad de Einstein, Haya estaba convencido de que cada continente se desarrollaba de acuerdo con sus propias coordenadas de espacio-tiempo histórico. De ahí sus tesis antileninistas de que, en América Latina, el imperialismo era la primera fase del capitalismo. Sin dudas, el historiador aprista más destacado fue el peruano Luis Alberto Sánchez, algunas de cuyas posiciones comulgan con las del revisionismo histórico nacionalista.

## Historiografía marxista

En rigor, la primera renovación sustancial de la investigación histórica en América Latina provino de

los pioneros de la historiografía marxista en el subcontinente, quienes, desde mediados de los años 30, desarrollaron tópicos que nunca antes habían llamado la atención de los historiadores, como el modo de producción, la estructura social, la lucha de clases, el papel de las masas populares, el surgimiento de la burguesía, el problema indígena, la esclavitud, etc. Compulsados por las exigencias de la lucha ideológica, se dieron a la tarea de intentar develar las reales contradicciones ocultas en las versiones tradicionales, mediante reinterpretaciones de las historias nacionales. Uno de los principales logros de esta primera generación de historiadores marxistas latinoamericanos fue un relativo distanciamiento del habitual culto al héroe, para indagar sobre la función de las clases y grupos sociales en el proceso histórico, con el propósito de probar cómo las personalidades solo expresaban los intereses de amplios movimientos de masas. Al parecer, las primeras obras de historia que se escribieron en América Latina desde la perspectiva marxista fueron *Evolución política del Brasil*, de Caio Prado Junior, editada en 1933, y *La lucha de clases a través de la historia de México*, publicada en 1934 por Rafael Ramos Pedrueza, al calor de las influencias de la Revolución rusa y de las profundas transformaciones propiciadas en México por la Revolución de 1910.<sup>29</sup>

La labor de los historiadores marxistas producida hasta principios de la década de los 60, se vio en muchos casos afectada por el escaso conocimiento que entonces existía de los trabajos de Marx, Engels y Lenin, así como por la virginidad del objeto de investigación. Además, algunas de sus obras estuvieron lastradas, en una u otra medida, por la tendencia a recurrir a los principios del materialismo histórico para forzar la exégesis, ante la ausencia de investigaciones factuales que permitieran la comprobación de sus planteamientos. Eso explica la aplicación mecánica y esquemática de los criterios más elementales del análisis marxista, y la conservación, por algunos de estos historiadores, de apreciables elementos positivistas, pese a sus críticas a toda la historiografía anterior. Atrapados por la limitada información disponible —recopilada desde el prisma de los historiadores tradicionales—, y por el uso casi exclusivo de fuentes secundarias, los primeros autores marxistas latinoamericanos no pudieron ofrecer, de manera coherente y sistemática, una completa reinterpretación histórica, ni tampoco aportar nuevos elementos informativos.

No obstante, algunos de los fundadores de esta historiografía lograron combinar la teoría marxista con acuciosas investigaciones de archivos (Francisco Pintos en Uruguay, Julio Le Riverend en Cuba o Hernán Ramírez Necochea, en Chile, por ejemplo), mientras otros, como Sergio Bagú y el propio Caio Prado, fueron

los precursores de una original vía analítica para la comprensión de la evolución de América Latina desde una perspectiva propia, que tendría sus secuelas en la sociología dependientista<sup>30</sup> y que, años después, terminaría por desembocar en una enriquecida renovación de la historia latinoamericana. Caio Prado y Bagú, al aplicar de manera creadora el marxismo —tal como preconizara el pensador peruano José Carlos Mariátegui— a las peculiaridades de la formación económico-social conformada en este subcontinente desde la etapa colonial, representan, sin dudas, el punto más alto alcanzado por la historiografía marxista antes de la década de los 60, en la búsqueda de los rasgos específicos del devenir latinoamericano y su identidad.

Después del triunfo de la Revolución cubana aumentó considerablemente el número de investigadores que, al margen de la historiografía tradicional, continuaron la revalorización iniciada por los primeros historiadores marxistas y revisionista-nacionalistas de izquierda. Sobre la base de una variada producción realizada por historiadores profesionales que han asimilado los métodos de la moderna historiografía marxista, la escuela francesa de los *Annales* y la *New Economic History* norteamericana, se ha ido conformando una denominada «Nueva historia» de América Latina. Entre sus fuentes hay que incluir la mencionada teoría de la dependencia, en boga durante los años 60, que abrió una rica discusión sobre los orígenes del subdesarrollo y contradujo ciertas confusiones sociológicas —dualismo estructural, todas las variantes del funcionalismo y el desarrollismo— sobre el proceso histórico latinoamericano, así como las que procedían del marxismo de impronta estalinista.

Una de las principales características de la «Nueva historia» de América Latina es su eclecticismo, un marcado propósito de superar la limitación tradicional de la historiografía «positivista», con su apego al hecho singular, promoviendo análisis globalizadores, con la utilización de un moderno y amplio instrumental técnico y metodológico. Con mayor o menor énfasis, los autores de esta corriente contemporánea,<sup>31</sup> abordan el análisis histórico con métodos científicos y mediante el auxilio de las demás ciencias sociales (sociología, antropología, economía, geografía). Hay una actitud crítica y revalorativa para tratar de interpretar el hecho histórico en su integralidad, superando la simple descripción de acontecimientos y atendiendo a las estructuras y las situaciones coyunturales, la actividad de los grandes grupos humanos, las mentalidades individuales y colectivas, los hechos que puedan concretarse, así como la historia regional —que en algunos países ha alcanzado, en años recientes, un extraordinario desarrollo.

La «Nueva historia» de América Latina pretende alcanzar un tipo de análisis histórico que evite caer en una simple sumatoria de hechos o una abstracta formulación de generalidades, una mecánica sucesión de estructuras económico-sociales o el simple relato de hechos cotidianos y actitudes y creencias individuales, lo que ha permitido ofrecer una enriquecida y matizada historia de los diferentes países latinoamericanos. Situados, en muchas ocasiones, en muy diferentes posiciones ideológicas y políticas, todos manifiestan de alguna manera su inconformidad con el enfoque de la historia establecido por la historiografía anterior. Enrique Ayala resume como sigue las características de esta corriente:

La Nueva Historia ha surgido, pues, en un contexto social específico y su producción debe juzgarse dentro de ese marco. Aunque no se puede hallar ni una orientación teórico-metodológica específica, ni una temática especialmente tratada, son fácilmente rastreables al menos dos bases comunes de trabajo. Se parte, en primer lugar, de la aceptación de que los protagonistas de la historia no son los individuos, sino los grupos (clase, etnias, sociedades). Se acepta, en segundo lugar, que el análisis de los fenómenos históricos parte de la consideración de la estructura económico-social. En este sentido, debe inscribirse el movimiento general en actitudes teórico-políticas, que van desde varias posiciones de izquierda hasta el reformismo. Luego de un primer momento en que especialistas de otras disciplinas hicieron historia, ha ido apareciendo una nueva generación de historiadores profesionales que han consolidado ya la Nueva Historia como actividad científica.<sup>32</sup>

En los últimos años, como resultado de los cuestionamientos posmodernos a la historia como ciencia —soliviantando la idea ilustrada del progreso lineal—, muy extendidos en el pensamiento occidental después del profundo impacto producido por la caída del socialismo en Europa y la desintegración de la Unión Soviética, han aumentado los críticos a esta manera de concebir la historia latinoamericana. Las corrientes de moda hoy, que hablan del «fin de la historia» —o que la conciben despojada de explicaciones, sin la visión de los grandes procesos, esterilizada del vocabulario histórico ya consagrado y dedicada a la narración de triviales hechos cotidianos, centrando su atención en el individuo, las realidades subconscientes, los símbolos y ritos—, han llegado a la América Latina desde afuera, y poco tienen que ver con la problemática, necesidades y objetivos de la investigación histórica en estos países subdesarrollados.

Por eso no es posible hablar de una crisis de la historia de la misma magnitud, proporciones y significados de la europea y norteamericana, donde la insatisfacción con los grandes paradigmas historiográficos del siglo xx ha llevado a la atomización de la historia y a una visión caótica del pasado, basada en una reproducción infinita de imágenes, acumulación de datos

deshilvanados o anécdotas frívolas, restringiendo su valor social.

En esas condiciones, no es extraño que se siga desarrollando e incrementando la producción de los historiadores latinoamericanos en muchas áreas que hoy son cuestionadas por sus colegas de los países occidentales desarrollados; mientras los grandes modelos explicativos, vigentes en los últimos tiempos, adaptados a las peculiaridades de América Latina, adquieren una vitalidad y vigencia que no guardan correspondencia con el pensamiento europeo y norteamericano finisecular. Además, buena parte de la historiografía latinoamericana más reciente no ha renunciado a la aspiración de conseguir una historia totalizadora, ni a su papel en la transformación de la sociedad y en la creación de valores ciudadanos y patrióticos.

En los países latinoamericanos, donde la historia es aún joven, se aprecia un auge de la producción historiográfica, en particular de temática contemporánea, junto al florecimiento de la historia local y regional, de la económica, de una nueva historia social, política, cultural y de las relaciones internacionales, a la vez que crece el interés por la crítica historiográfica y la filosofía de la historia. Se publican obras relevantes, de calidad variable, sobre temas, períodos, regiones y naciones específicas, que no habían sido tratados con anterioridad.

No obstante, en América Latina también han incidido algunos de los problemas que aquejan actualmente a la historiografía occidental, aunque en forma más laxa, y adaptados a sus singulares condiciones. Se pueden apreciar manifestaciones miméticas de la tendencia a la fragmentación y a cierto pluralismo metodológico en los estudios históricos —que, en muchas ocasiones, abren nuevas perspectivas al quehacer historiográfico—, bajo el influjo de los mismos cuestionamientos realizados a los grandes paradigmas contemporáneos, proceso facilitado por las endémicas despreocupaciones teóricas de los historiadores latinoamericanos. Ello ha abierto la búsqueda de nuevos paradigmas y permitido el repunte de un tipo de historia narrativa, quizás todavía poco extendida en este subcontinente, muy diferente a la actual historiografía en su pretensión de alcanzar, sobre la base de la historia económico-social, estructural y objetivista, una visión totalizadora de la sociedad y una más profunda identificación con las comunes raíces de nuestra América.

## Notas

1. Enrique Florescano, *Ensayos sobre historiografía colonial de México*, INAH, México, DF, 1979, p. 8.

2. Luis Alberto Sánchez, «Prólogo», en Pedro de Valdivia, *La conquista de Chile. Cartas al Emperador Carlos V*, Ediciones Ercilia, Santiago, 1940, p. 17.

3. Mariano Picón Salas, *De la conquista a la independencia. Tres siglos de historia cultural hispanoamericana*, Fondo de Cultura Económica, México, DF, 1958, p. 73.

4. Severo Martínez Peláez, *La patria del criollo. Ensayo de interpretación de la realidad colonial guatemalteca*, Editorial Universitaria, Guatemala, 1970, p. 61.

5. Beatriz González Stephan, *La historiografía literaria del liberalismo hispano-americano del siglo XIX*, Casa de las Américas, La Habana, 1987, p. 73.

6. Lorenzo de Zavala y Lucas Alamán, en México; José Gabriel García, en Santo Domingo; Thomas Madiou y Beaubrun Ardouin, en Haití; Alejandro Marure, en Centroamérica; Rafael María Baralt, en Venezuela; José Manuel Retrepo, en Nueva Granada; Pedro Fermín Ceballos, en Ecuador; Mariano Felipe Paz-Soldán, en Perú; Miguel Luis Amunátegui, en Chile; Francisco Bauzá, en Uruguay; Vicente Fidel López, en Argentina y Francisco Adolfo Varhagen, en Brasil, por solo mencionar a los más representativos.

7. Mariano Picón Salas, ob. cit., p. 11.

8. *Ibidem*.

9. Beatriz González Stephan, ob. cit., p. 95.

10. Desde 1826, Cristóbal Mendoza y Francisco Javier Yanes comenzaron a publicar, en Venezuela, las primeras colecciones documentales, caminos que seguirían después el historiador venezolano Vicente Lecuna; Joaquín García Icazbalceta y Genaro García, en México; Clemente L. Fregeiro, en el Río de la Plata, y José Toribio Medina, en Chile.

11. César Zúmeta, Carlos Pereyra, Rufino Blanco Fombona, Emilio Roig de Leuchsenring, Américo Lugo, Manuel Ugarte, Vicente Sáenz.

12. Carlos Octavio Bunge, Alcides Arguedas, Gabriel René Moreno, *et. al.*

13. Ramón Iglesias, «Introducción», en *Estudios de historiografía de la Nueva España*, El Colegio de México, México, DF, 1945, p. 10.

14. Representantes clásicos de esta tendencia fueron Alfonso Toro, en México; Emilio Rodríguez Demorizi, en República Dominicana; Beaubrun Ardiniz, en Haití; Vidal Morales y Valle, en Centroamérica; Ernesto J. Castilero, en Panamá; Eduardo Posada y Gustavo Arboleda, en Colombia; Federico González Suárez, Jacinto Jijón y Oscar Efrén Reyes, en Ecuador; Efraín Cardozo, en Paraguay; Julio Tello y Raúl Porras Barrenechea, en Perú; Domingo Amunátegui, en Chile; Paul Groussac, en Argentina; Clemente L. Fregeiro, en Uruguay, y João Capistrano de Abreu, en Brasil.

15. Citado por Bernardo Tovar Zambrano, «La historiografía colonial», en *La historia al final del milenio. Ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1994, t. 1, p. 25.

16. Mariano Picón Salas, *La conquista del amanecer*. Selección y prólogo de José Prats Sariol, Casa de las Américas, La Habana, 1992, p. 223.

17. Germán Carrera Damas, *Entre el bronce y la polilla. Cinco ensayos históricos*, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1958, pp. 107-9.

18. *Ibidem*, pp. 118-9.

19. En cierta historiografía, que algunos críticos han llamado «neopositivista», pueden inscribirse autores como Ramiro Guerra (Cuba), Jesús Silva Herzog y Luis González González (México) —precursor este último de la microhistoria con su clásico *Pueblo en nilo* (1968)—, Juan Friede (Colombia), Jorge Basadre (Perú), Eduardo Acevedo (Uruguay), y Sergio Buarque de Hollanda y Nelson Werneck Sodré (Brasil).

20. Gloria García, «Prólogo», en Ramiro Guerra, *La guerra de los 10 años*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1972, t. 1, pp. XVI-XVII.

21. Entre otras, las de Fernando Ortiz (Cuba), Gilberto Freyre y Arthur Ramos (Brasil), Alfonso Caso, Manuel Gamio y Gonzalo Aguirre Beltrán (Colombia), Pío Jaramillo (Ecuador), Luis Valcárcel (Perú) y Alejandro Lipzchutz (Chile); este último mostrando una cierta influencia marxista en algunas de sus obras.

22. Adam Anderle, «Conciencia nacional y continentalismo en América Latina en la primera mitad del siglo XX», en *Acta histórica*, Szeged, 1982, t. LXXIII, p. 3.

23. Es el caso, por ejemplo, del historiador positivista mexicano, Francisco Bulnes, quien en plenos preparativos para celebrar el centenario de Benito Juárez, dio a conocer sus libros iconoclastas *El verdadero Juárez y la verdad sobre la intervención y el imperio* (1904) y *Juárez y las revoluciones de Ayutla y de Reforma* (1905) donde revisó la personalidad del Benemérito de las Américas, restando méritos a su papel en la reforma liberal y sacando a relucir, entre otros «trapos sucios», los tratados «entreguistas» que firmara con los Estados Unidos.

24. Entre los autores uruguayos que pueden ser ubicados aquí —y que entre otros temas remontaron las versiones históricas establecidas sobre la época de la Defensa (1842-1851), las intervenciones europeas en el Río de la Plata y la Guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay (1864-1870)—, figuran Luis Alberto de Herrera, Juan E. Pival Devoto, Julio César Vignale, Carlos Real de Azúa, Alberto Ferré, José Pedro Barram y Benjamín Nahum.

25. Como puede verse en las obras de Antonio Gibaja (México), Alberto Edwards, Francisco A. Encina y Jaime Eyzaguirre (Chile), Víctor Andrés Belaunde y José de la Riva Agüero (Perú), Enrique de Gandía (Argentina) y Guillermo Morón (Venezuela), por solo mencionar ejemplos significativos.

26. Entre sus cultivadores descuellan los argentinos Juan José Hernández Arequi, Gonzalo Cárdenas, Jorge Luna y Ortega Peña; los colombianos Otto Morales Benítez e Indalecio Liévano Aguirre, los uruguayos Vivian Trias, Roberto Ares Pons, Oscar H. Bruschera, Melogno Tabaré, Washington Reyes Abadie y Eduardo Galeano; el peruano Virgilio Roel, los chilenos Julio Alemparte y Sergio Villalobos, así como los cubanos Raúl Cepero Bonilla y Manuel Moreno Fraginals.

27. Ricaurte Soler, *Idea y cuestión nacional latinoamericanas de la independencia a la emergencia del imperialismo*, Siglo XXI, México, DF, 1980, p. 22. Este esclarecedor análisis de los postulados del

revisiónismo histórico, en su vertiente populista y antimperialista en el Río de la Plata, Ricaurte lo completa cuando, a continuación, agrega: «En las proporciones de este representante de la “izquierda nacional” —muchas de ellas no compartidas por otros exponentes de la tendencia— llama la atención el análisis casi exclusivamente político del proceso histórico». No se intenta reconstruir la totalización social determinando la interacción de sus dimensiones —elementos y factores de la estructura y superestructura—. De ahí que, si conceptos como «masas», «pueblo» y «oligarquía», en el contexto de un discurso que reproduzca la totalización social, pueden tener real valor cognoscitivo, no es así en el análisis estrechamente limitado a la dimensión política. Aquí radica, nos parece, el origen de tantos juicios y enfoques históricos absolutamente divorciados de la metodología marxista que se intenta utilizar.

28. Por el sustrato trotskista de muchas de sus ideas, así como por un común origen argentino, Jorge Abelardo Ramos esta emparentado, dentro de la historiografía revisionista de izquierda, con los historiadores Luis Vitale y Adolfo Gilly, que han hecho destacada carrera profesional en Chile y México, respectivamente.

29. Entre los precursores de la historiografía marxista se encuentran los mexicanos José Mancisidor, Luis Chávez Orozco, Agustín Cue Cánovas, el haitiano Etienne D. Charlier, el cubano Sergio Aguirre, los argentinos Álvaro Yunque, Rodolfo Puiggrós y Sergio Bagú, los venezolanos Salvador de la Plaza, Miguel Acosta Saignes y Federico Brito Figueroa, y el chileno Julio César Jobet.

30. Entre otros, Osvaldo Sunkler, Pedro Paz, Theotonio Dos Santos, Fernando Henrique Cardoso, Enzo Faletto, Rudi Mauro Marín y Helio Jaguarive.

31. Entre sus representantes pueden citarse a Tulio Halperin, Senpat Assadourian y Alberto J. Pla (Argentina); Enrique Semo, Enrique Florescano y Arnaldo Córdova (México); Ricaurte Soler (Panamá), Jorge Ibarra (Cuba); Severo Martínez Peláez (Guatemala); Susy Castor (Haití); Emilio Cordero Michel, Frank Moya Pons y Roberto Cassá (República Dominicana); Fernando Picó (Puerto Rico); Henry Vangou (Caribe francés); Germán Carrera Damas y Aristides Medina Rubio (Venezuela); Germán Colmenares, Alvaro Tirado Mejías y Gustavo Vargas (Colombia); Enrique Ayala, Manuel Medina Castro, Agustín Cuevas y Patricio Ycaza (Ecuador); Pablo Macera, Luis Guillermo Lumbleras y Alberto Flores Galindo (Perú); Gustavo Beyhaut, Carlos M. Rama y Lucía Salas (Uruguay), Domingo Laíno (Paraguay); Alejandro Huiker y Sergio Gres (Chile); José Roberto Do Amaral Lapa y Carlos Guilherme Motta (Brasil).

32. Enrique Ayala, *Historia, compromiso y política*, Editorial Planeta, Quito, 1992, p. 104.